



El Quinquenio Gris: testimonio de una lealtad*

Eduardo Heras León

1

Un ómnibus de la ruta 195 se detiene en la parada del Parque Central, y un hombre baja con paso apresurado, cruza el parque, y casi corriendo, penetra en los portales del Teatro Payret, respira profundamente y, más sosegado, echa a andar por la anchísima acera del Prado. Viste un *jeans* gastado y descolorido por el uso, camisa de caqui gris, zapatos bajos de obrero. Suda. Las manos, desde hace algún tiempo encallecidas, sostienen una jabita de nylon con un pulóver y un par de medias sucias, un pañuelo manchado y una toalla maloliente y húmeda.

El hombre, ahora, ha comenzado a caminar más lentamente. No puede dejar de mirar la inmensa mole de piedra del Capitolio y, más allá, los frondosos árboles del Parque de la Fraternidad. Entonces, enciende un cigarro y continúa su camino en dirección a la calle Monte. Debe cruzarla, llegar hasta Zulueta, y luego, avanzar hasta Gloria para incorporarse a la cola de la ruta 141. Vive en San José de las Lajas y, con un poco de suerte, el ómnibus pasa cada hora.

* Conferencia leída por su autor, el 15 de mayo de 2007, en el Instituto Superior de Arte (La Habana), como parte del ciclo «La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión», organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios.

© Eduardo Heras León, 2007. Cuando se cite, en cualquier soporte, alguna parte de este texto, se deberá mencionar a su autor, así como la dirección de esta página electrónica. Se prohíbe reproducirlo y difundirlo íntegramente sin las previas autorizaciones escritas correspondientes.

2 Eduardo Heras León

Sin embargo, todavía no ha llegado a la calle Monte. Las piernas le pesan y el cansancio le brota hasta por los poros. Tal vez esa circunstancia es suficiente y necesaria para que, precisamente en ese momento, se produzca un encuentro fortuito, de esos que los teóricos suelen denominar *una casualidad histórica*. Porque por la misma acera, pero en dirección contraria, una persona a quien llamaremos Hombre B, viene caminando, también con paso cansado y mirando hacia todas partes con expresión de inteligente curiosidad. Viste pantalón y camisa limpios, no suda y llaman la atención unos gruesos lentes que le dan a su rostro un aire de reposada dignidad. Unos metros antes de cruzarse, ambos hombres se han visto y de repente han tenido un momento de turbación: los dos parecen conocerse, aunque no se saludan. Casi han detenido su marcha, pero la indecisión dura apenas un segundo. Después, sin cruzarse una palabra, cada uno ha seguido su camino.

Extrañamente, la escena narrada va a repetirse en las próximas semanas, pues al parecer los itinerarios de ambos se cruzan, en las mismas coordenadas de espacio y tiempo. En cierto sentido, me atrevería a afirmar que ambos hombres ya esperan cada encuentro con acrecentada curiosidad, hasta que, inevitablemente, se produce la escena *obligatoria*. Ese día, difícil de precisar, tanto como el mes y el año (aunque este último puede ubicarse entre 1973 y 1974), en el definitivo instante del encuentro, ambos se detienen y casi de común, aunque no premeditado acuerdo, adelantan sus manos, las estrechan y, finalmente, se presentan: Antón Arrufat, dice el Hombre B; Eduardo Heras León, dice el primero. Dos circunstancias los unen en ese momento: ambos son escritores; ambos cumplen un insólito castigo por escribir libros calificados de contrarrevolucionarios. Una tercera circunstancia podría añadirse: ambos resisten el castigo y no han perdido la esperanza de justicia, y tal vez, la capacidad de soñar.

Más de treinta años después, se me ocurre pensar que aquel encuentro fortuito encerró un significado simbólico: dos generaciones de escritores castigados en el Quinquenio Gris, se encontraban en un punto de la historia. No las había unido la práctica de la literatura, pues sus estéticas y su visión del mundo eran distintas; tampoco su quehacer generacional, pues su procedencia y sus experiencias vitales eran diferentes. Sólo los unía en ese instante crucial de sus vidas, la capacidad de resistencia ante la injusticia. ¡Quién sabe si en encuentros como éste comenzó a forjarse la actual unidad del movimiento intelectual cubano!

2

Pero no es éste el comienzo de la historia que me he propuesto contar aquí, por primera y única vez, y que la iniciativa y la generosidad del Centro Criterios me permite. Durante los últimos meses, también estimulado por el debate intelectual que la aparición de unos fantasmas del pasado en algunos programas de televisión suscitó, me he preguntado y vuelto a preguntar acerca del posible contenido de esta conferencia y del imprescindible interés del que debía ser portadora, so pena de caer en esa situación tan bien explicada por Gabriel García Márquez, en una lectura que realizó hace algunos años en Guadalajara. Al comenzar el acto, García Márquez dijo: «Ruego a los que se aburran de mi lectura y se marchen, no hagan ruido para no despertar a los que están dormidos». Y a pesar de que he hecho todo el esfuerzo del que soy capaz para hacer atractiva esta conferencia, aprovecho para repetir, a los aquí presentes, el ruego del gran escritor colombiano.

Es como un filme lejano, casi perdido en los tercos rincones de la memoria, y su aluvión de imágenes la que me sitúa en el centro mismo de aquel año 1971, en el vórtice de un período convulso (como han sido casi todos en estos años duros y magníficos), y éramos jóvenes, hermosos, rebeldes y sobre todo, profundamente revolucionarios, y construíamos, parafraseando a Retamar «con las mismas manos de acariciar», y en las aulas universitarias polemizábamos con Sartre, Camus, Barthes, Marcuse, Isaac Deutscher y K. S. Karol, sobre todas las cosas de este mundo y del otro, y llorábamos al Che, porque nada de la Revolución nos era ajeno, y la sociedad que levantábamos iba a ser, tenía que ser, un monumento a los principios y a las más nobles aspiraciones del hombre.

¿Y la literatura? Ah, la literatura tenía que penetrar en los estratos más hondos del ser humano, revelar al ángel y al demonio que es el hombre, descubrir sus procesos más íntimos y rescatar para todos la única verdad posible: somos imperfectos y la lucha más importante es con nosotros mismos, y tendríamos que elevarnos sobre nuestros defectos, sobre nuestros errores, miedos, rencores, angustias, para convertirnos en seres humanos, como afirmaba Antonio Machado, «en el mejor sentido de la palabra, buenos». ¿Cómo lograrlo? ¿Qué debíamos escribir? ¿Cómo hacerlo para no traicionar esa verdad? ¿Qué fronteras debíamos respetar?, como preguntaba Silvio, «si alguien roba comida y después da la vida, ¿qué hacer?»

4 Eduardo Heras León

La única respuesta posible, la única respuesta revolucionaria, era no ocultar nada: hablar del coraje, pero también de la cobardía: hablar del amor, pero también del odio, incluso entre los revolucionarios; hablar del heroísmo, pero también de la traición. Era, en otras palabras, la búsqueda de la forma más pura de la verdad que es, en última instancia, el objetivo supremo de la literatura. No había ningún otro secreto. La única fórmula era, sencillamente, decirlo todo. Esa era la estética de nuestra generación.

Esa era la estética que guiaba mis pasos por la literatura, y aunque pueda parecer un sacrilegio, me afiancé en ella, principalmente después de leer una novela soviética de guerra, para algunos un modelo del llamado realismo socialista; para mí una gran novela, que fue nuestra compañera de los trabajos y los días, que llevamos en nuestras mochilas de milicianos, que nos acompañó en los entrenamientos de las milicias, en los combates de Playa Girón y en la lucha contra bandidos en el Escambray: *La carretera de Volokolamsk* (publicada en Cuba en dos partes), de Alexander Bek. Apenas unas páginas después de comenzada, el protagonista de la obra, Baurdjan Momish-Ulí, decidido a contar la historia de su batallón de infantería de la División de Panfilov, tiene este diálogo con el autor:

—Escriba —dijo Baurdjan Momish-Ulí—. «Capítulo primero: El miedo».

Pensó unos instantes y profirió:

— «Sin temer al miedo, los hombres de Panfilov se lanzaron al primer combate...» ¿Qué le parece, es un comienzo aceptable?

—No lo sé —respondí indeciso.

—¡Así escriben los cabos de la literatura! —dijo con dureza.

La escena resultó inolvidable para mí y para mi formación como escritor. Esa estética presidió la escritura de mis primeros cuentos agrupados después en el libro *La guerra tuvo seis nombres*, en los que narraba mis experiencias durante las setenta y dos horas de los combates de Playa Girón, donde participé como segundo jefe de una batería de morteros 120 mm., y que obtuvo el Premio David de la UNEAC de 1968. Todos los epígrafes apuntan en la misma dirección, comenzando por el epígrafe general del libro, fragmento de una carta de Frank País a Fidel, del 5 de julio de 1957: «No les envidio los momentos que vivieron, máxime cuando yo

catalogo a los hombres como hombres normales, no como superhombres ni superhéroes, eso se demuestra después; mientras tanto, todos son hombres normales, sujetos a los mismos defectos de todo el mundo.» En la nota de la solapa, Reynaldo González afirmaba: «Para toda una promoción de jóvenes cubanos, la revolución no es un fenómeno que puedan observar, que ven pasar o que les permite el distanciamiento (...) Al autor de *La guerra tuvo seis nombres* le sucede exactamente lo mismo. La revolución, por coincidir con los años que lo habilitaron para la vida, ya no es algo distante de él, sino él mismo. Al escribir, pues, no intenta historiar o apoyar la revolución. Habla de ella porque cuenta sus experiencias personales, precisamente aquellas que más lo han estremecido, y evidencia una táctica militancia generacional (...) esos personajes que pelean, enfrentan el error y la victoria y el polvo del camino, parecen afirmar: «No tenemos que jurar nuestro apoyo a la revolución. Nosotros somos la revolución.»

Por eso, por aquel libro desfilaba una galería de personajes que, enfrentados a la circunstancia límite de la guerra, maduran tempranamente como afirmaba Hemingway: era el caso de Mateo, el niño héroe que no había tenido tiempo de conocer el miedo; pero también estaba el miedo que a veces se convertía en coraje, y la angustia, y el desgarramiento, la cobardía y el sentido de la responsabilidad, y la tristeza por los muertos y la alegría de la victoria. Francisco López Sacha, en el prólogo de la segunda edición del libro dice:

Girón está en los hombres que lo hicieron posible, en el combate, en la historia y en la imaginación, y así debe pasar a la literatura (...) la épica, con todo el heroísmo que entraña, tiene sus ángulos oscuros, sus zonas de terror y sus errores, y esto no puede quedar ausente de la alta literatura. Como Heras lo sabe, y sobre todo, lo siente, en sus relatos está ese bautismo de fuego que representó Playa Girón, y esa conmoción que convirtió a los nobles en mejores y definió o estigmatizó a los débiles, a los mediocres, a los incapaces. Esto convierte a este libro en un cuadro de época, en un relieve sutil e inesperado de un ejército popular que comenzaba a formarse y que se definió precisamente allí, en la pelea visible e invisible de los que combatieron en primera línea y de los que no pudieron combatir, de los que fracasaron como seres humanos y los que dieron aliento a sus defensores y se situaron, acaso sin saberlo, en el escenario de la historia.

He citado *in extenso* el prólogo de Sacha, sobre todo porque muchos de los jóvenes que me escuchan aquí hoy, posiblemente no alcancen a entender cómo estas verdades tan evidentes podían haber sido cuestionadas en aquellos años terribles del Quinquenio Gris. No voy a repetir aquí las condiciones históricas y culturales de aquellos años que ya abordó brillantemente el cro. Ambrosio Fornet: al texto de su conferencia los remito. Sólo debo añadirles que aquel libro, escrito por un combatiente de Girón, con las características que he explicado, ya comenzó a despertar las suspicacias de los burócratas de la cultura, por la crudeza de su contenido, y el trazado de algunos personajes.

3

El Premio David me abrió las puertas del mundo de la literatura. Yo era estudiante de la Escuela de Periodismo, donde tuve una participación muy destacada, tanto, que ante la escasez de profesores en la Escuela, tuve que impartir clases de Redacción y Técnica Periodísticas y más tarde de Literatura Hispanoamericana, a mis propios compañeros de año; además de convertirme en profesor de Historia de América y de Gramática para los Cursos Introductorios de la Facultad de Humanidades.

Para mis compañeros de generación: Víctor Casás, Raúl Rivero, Luis Rogelio Noguera, Guillermo Rodríguez Rivera, Germán Piniella, Rogerio Moya y Renato Recio, junto a Silvio Rodríguez, el periódico *Alma Mater* se convirtió en nuestro cuartel general. Y con el ecuatoriano Vicente Carrión, el diseñador Peroga, y la dirección de Ana Mildred Vidal, convertimos a *Alma Mater* en una notable publicación con marcada incidencia en la vida cultural y social de la Universidad. Allí estrenaron sus armas literarias jóvenes narradores como Abel Prieto y Senel Paz.

Mientras, el mundo cultural estaba en ebullición con el caso Padilla, los artículos de Leopoldo Ávila sobre Padilla, Arrufat, Cabrera Infante, y el mundillo intelectual. Norberto Fuentes había ganado el Premio Casa de las Américas 1968 con su libro *Condenados de Condado*, y esto había echado leña al fuego, pues el autor abordaba, desde los presupuestos estéticos de nuestra generación, aunque desde una visión donde la ironía y el humor no disminuían la carga dramática, ciertas zonas del proceso de la lucha contra bandidos en las montañas del Escambray.

Fue en esos momentos, en la marejada y los vaivenes de una lucha por el poder de la cultura, en medio de las escaramuzas derivadas del caso

Padilla, cuando en el Premio Casa de 1970, mi libro *Los pasos en la hierba* resultó ganador de la mención única de cuento; por su parte, Víctor Casaus, obtenía una mención en el género testimonio con su libro *Girón en la memoria*. Todo lo sucedido a partir de ese premio, desde un punto de vista material parece obedecer simbólicamente al movimiento de un péndulo, primero en su mitad ascendente y luego en su mitad descendente; desde un punto de vista espiritual, puede instalarse, con pleno derecho, en una página de Kafka o de George Orwell.

El resultado inicial de aquel premio me llevó al Consejo de Redacción de *El Caimán Barbudo*, publicación a la cual me sentía vinculado (en su primera época), cuando la dirigía Jesús Díaz y participaban de ella Luis Rogelio Nogueras y Guillermo Rodríguez Rivera, Raúl Rivero y Víctor Casaus. Al ingresar en ese Consejo, yo había tenido una larga entrevista con el Responsable de Cultura de la UJC Nacional en aquel entonces, con Eduardo Vergara, subdirector de *Juventud Rebelde*, y con Armando Quesada, director del *Caimán*, donde había expuesto mis criterios respondiendo a un cuestionario de diez preguntas que ellos me hicieron llegar. Terminada la reunión me pidieron encarecidamente que aceptara ser miembro del Consejo, y el propio Quesada me solicitó un cuento para el *Caimán*, que fue publicado en febrero de 1971. Debo agregar que en octubre de 1970 se había celebrado un Encuentro de Jóvenes Artistas en la Universidad Central de Las Villas con los mejores creadores jóvenes del país (recuerdo entre otros a Silvio, Pablo, Noel, Wichy Nogueras, Víctor Casaus, Raúl Rivero, Guillermo Rodríguez Rivera, Germán Piniella y Rogerio Moya) del cual fui presidente por elección de los participantes.

Fue un día de abril de 1971. Yo me encontraba en el periódico *Alma Máter*. Estaba solo y terminaba de leer un libro. Aunque pueda parecer un recurso de ficción, un tanto inverosímil, el libro era *1984*, de George Orwell. Y todavía el recuerdo tan inmediato de sus últimas páginas, la brutal escena del protagonista que renuncia a su amor, único residuo de humanidad que hasta ese momento ha podido salvaguardar, ante el imperativo de ser devorado por las ratas, me había dejado en un estado emocional lamentable. Estaba deprimido. No podía evitarlo. Decidí cambiar la lectura, todavía tenía tiempo y me puse a buscar un libro más ligero, cuando mi amiga y compañera Denia García Ronda entró al local del periódico. Enseguida se dio cuenta de mi estado depresivo. Me preguntó qué me pasaba, y sonriendo le dije que nada, que era aquel libro que me había choqueado,

que ahora comprendía cuánto daño le había hecho al estalinismo primero y al socialismo después.

—Chino —me dijo de repente—, ¿ya tú viste el último *Caimán*?

—No —le dije—. ¿Por qué?

—Mira, yo creo que debes leértelo. Hablan de ti, y creo que es grave. Aquí te lo dejo. —Me entregó el ejemplar y no recuerdo si me hizo algún otro comentario. Parecía preocupada. Y me dejó solo.

Entonces lo leí. Toda mi atención recayó en el artículo central: «Otra mención a Los pasos». Su autor: Roberto Díaz. Se anunciaba como un material que «traspasa los límites de la simple crítica literaria para caer en el terreno de la crítica ideológica y la confrontación revolucionaria».

La primera interrogante que me surgió al leerlo fue: ¿Cómo podía publicarse un texto así, sin que yo, que era miembro del Consejo de Redacción, lo conociera, y más aún, dada la gravedad de las acusaciones que se hacían en él?

La segunda interrogante se refería al cuerpo del artículo. ¿Cómo era posible un análisis tan parcializado, erróneo, subjetivo, mal intencionado de los cuentos del libro? ¿Qué había detrás de aquella supuesta crítica literaria? De una de las peripecias del primer cuento: en medio del torbellino de un paso doble en la carretera de Baracoa a Bauta durante la caminata de los 62 km., cuando varios milicianos caen al suelo, y algunos, en la confusión, reciben una patada, o un golpe en la oscuridad, el autor de la crítica señala que la novela *La larga marcha* de William Styron, «símbolo literario de una sociedad deshumanizada», ofrecía una ambientación más edificante que la ofrecida en el cuento, a quien acusa de poseer un soplo alienado en descripciones y diálogos, y lo califica de «cosa falsa»; cuando el autor señala en el cuento que muchos milicianos terminaron la caminata, «por inercia», el crítico lo acusaba de ofender a sus compañeros, que eran «el poderoso y esencialmente nuevo ejército, (...) hombres que empezaron y terminaron la caminata con la misma convicción revolucionaria». El análisis del cuento «La noche del capitán», dedicado a la memoria del capitán Octavio Toranzo, es un modelo de manipulación de la fuente, de aviesa intención del crítico, de absoluta ceguera literaria. De ese cuento donde se hace evidente la intención exaltadora de la figura del capitán,

quien demuestra con su actuación en el combate, el verdadero sentido del valor y de la integridad moral, sólo puede decir el crítico: «No narra anécdotas como objetivo principal, ya que los diálogos y situaciones están enderezados a transmitir una determinada visión del capitán; no intenta la profundización psicológica de ningún personaje (...) Los personajes del cuento son sus palabras más sus acciones (¿qué otra cosa pueden ser los personajes de un cuento?, digo yo) sin justificación literaria, y cuelgan por eso, como piezas desprendidas dentro del relato (...)». Finalmente, trata de contraponer al personaje real a cuya memoria va dedicado el cuento (hombre que había sido mi amigo personal, que había conversado mucho conmigo acerca de sus padecimientos nerviosos, y a quien admiraba sinceramente) diciendo que «es de esos hombres que no necesita ser defendido pues su vida es un argumento irrefutable». El resto del análisis de los cuentos era similar y la intención bien evidente: caracterizar al libro como un texto contrarrevolucionario, con toda la peligrosa carga que ese epíteto conllevaba.

No voy, por supuesto a glosar todo el artículo, pues haría interminable esta conferencia, que por otra parte, no es una charla de apreciación literaria, y que puede ser consultado en el número 45 de la publicación, correspondiente a abril de 1971. Baste añadir que el señor Díaz afirma que «se nota en la lectura que hay una furiosa carrera contra el heroísmo, contra todo lo que huele a acto superior (...)»; le recomienda al autor ser más profundo, más riguroso en los trazados dramáticos, más informado en las experiencias vitales, más desprejuiciado, menos subjetivo, porque cuando se habla en términos históricos, «el subjetivismo puede ser alteración, realidad parcializada o en el peor de los casos, literatura del resentimiento, altoparlante de la mala intención».

Muchos de los aquí presentes, sobre todo los más jóvenes, pudieran pensar: «Y bien, ésa era el criterio del crítico; tal vez un poco intolerante, quizás un poco exagerado, pero en última instancia, su criterio». Y yo pudiera estar de acuerdo con esa apreciación... siempre y cuando algún otro crítico de opinión diferente hubiera podido responderla, o el autor hubiera podido defender sus propios criterios. O las acusaciones no hubieran provocado la secuela de consecuencias personales que prácticamente acabarían con el destino y la vida de su autor. Pero la realidad fue otra: un mes después, en el número 46, de mayo de 1971, en la página editorial del *Caimán*, aparecía una *Aclaración*, en la que el Consejo de Redacción decidía separarme de la responsabilidad de miembro: «por las connotacio-

nes de criticismo tendencioso, que, amparado en pretendidas posiciones revolucionarias, se evidencian en su libro. Opinamos correcto señalarlos no sólo contra el caso específico del libro de Heras, sino que, a partir de este ejemplo, sorpresivo por tratarse de un joven que debía reflejar contradicciones y posiciones de otra índole, pero dentro del afán constructivo de la Revolución, y no aquellas serviles y comunes a los enemigos de la misma, también proponemos definir límites más precisos al término escritor revolucionario.» El texto terminaba exigiendo una revisión de los valores manejados por grupos «indefinidos», en nuestra intelectualidad artística joven y saludaba la declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura.

4

Aquí podríamos hacer una pausa para tratar de explicarnos en qué consistía la política cultural en esos momentos, por lo menos en sus resultados prácticos con la literatura. Ya no se trataba de atacar a escritores de la generación de *Orígenes* como José Lezama Lima y Virgilio Piñera, o recoger de la circulación libros como *Paradiso*, denunciar a Heberto Padilla, Cabrera Infante, Antón Arrufat, César López y otros representantes de la llamada Generación del 50, «portadores del virus del diversionismo ideológico, o de los jóvenes proclives a la extravagancia, es decir, aficionados a las melenas, los Beatles y los pantalones ajustados, así como a los evangelios y los escapularios», como señala Ambrosio Fornet. No, ahora también se denunciaba y reprimía a veteranos de Girón y El Escambray, fundadores de las milicias, jóvenes de intachable filiación revolucionaria que escribían, no acerca de temas propios de la decadente sociedad capitalista, de sexo, drogas y otros entuertos, sino de asuntos surgidos del acontecer revolucionario, de los grandes acontecimientos históricos, Girón, la Crisis de Octubre, la milicia, la lucha contra bandidos, en una palabra, los que estaban fundando la épica de la Revolución, la literatura de la violencia, la nueva narrativa revolucionaria. La política de los úkases complementada por otra de exclusiones y marginaciones, como bien señala Fornet, convirtieron el campo intelectual en un páramo, donde lo mejor de la literatura y el pensamiento cubanos desapareció o fue silenciado durante largos años. Tal vez pudiera entenderse que mi obra, calificada de contrarrevolucionaria, fuera extirpada como un tumor maligno del organismo de la literatura cubana, pero ¿qué decir, y es un ejemplo entre tantos, de *Girón en la memo-*

ria, el libro de Víctor Casaus, calificado por Raúl Roa como un paradigma del género, cuyas páginas eran un canto al heroísmo, a los combatientes, a la Revolución misma, y que durante largos años estuvo incluido en la Sección R de la Biblioteca Nacional, o lo que es lo mismo, no se podía consultar? Ya no se trataba de reprimir a los autores y a las obras tildadas de contrarrevolucionarias, de sospechosa filiación burguesa, de autores no comprometidos, o políticamente no confiables, o de simples compañeros de viaje. No, ahora también se perseguía a los revolucionarios, a los que escribían una literatura comprometida, sólo que más profunda y compleja. Aprendí entonces, que en aquellos años un criterio estético diferente podía convertir en enemigos a seres humanos que tal vez habían combatido juntos, con las armas en las manos, al mismo enemigo: una revelación verdaderamente alucinante. ¿Adónde y en manos de quién había ido a parar la cultura de nuestro país?

No había nada que hacer. No había manera de defenderse. No había forma de acudir a ninguna instancia que, por lo menos, provocara un diálogo, una investigación, una polémica. Y tengo que confesarlo: en esos momentos me parecía estar reviviendo los conflictos de José K. en *El proceso*. Yo estaba siendo acusado de algo que no podía comprender, y un mecanismo algo monstruoso no me permitía acceder a la justicia: yo era el indefenso campesino de la parábola kafkiana, que se presenta ante el guardián de la Ley para solicitar que lo deje acceder a ella. Pero nadie me respondió. Jamás tuve acceso a ninguna explicación. Alrededor de mí comenzó a fomentarse una conjura del silencio. Los primeros, angustiosos días, sin saber a dónde dirigirme, tratando de buscar un lugar para aislarme del mundo, que me permitiera pensar, o al menos descansar mi cerebro de las voces que lo taladraban repitiendo las interrogantes que me asaltaban, mi esposa y yo nos fuimos para casa de mi hermano Silvio Rodríguez, allí también vivía Víctor Casaus. Tres días pasé en aquel lugar, el único que se me ofreció como un refugio.

5

La universidad de repente se convirtió en un infierno. En esos días difíciles, el decano de Humanidades, Dr. Juan Guevara, conversó mucho conmigo. Psicólogo al fin, con su hablar pausado, sus maneras reposadas, fue un estímulo y un oasis en medio del caos. Paulatinamente, mis compañeros empezaron a evadirme, apenas podía hablar con ningún profesor. Un

día nos enteramos de que en el teatro de la Escuela de Ciencias Políticas estaban reunidos todos los directores de periódicos, y militantes de la Escuela de Periodismo, junto a los alumnos de mi año. A mi esposa, todavía militante de la Juventud, no le permitieron asistir. Después me contaron de la reunión: se hizo un balance de mi actitud como militante y alumno-profesor de la Escuela. Se llegó hasta la aberración de acusarme de que en mis clases de literatura hispanoamericana, había caracterizado a la Revolución mexicana como una revolución frustrada, que había fracasado en sus objetivos esenciales, por la desaparición de sus líderes, como Emiliano Zapata. ¿Acaso no había sido así? Eso era prueba de mis desviaciones ideológicas sobre el proceso de las revoluciones, porque si así pensaba de la Revolución Mexicana, *ergo* ¿qué podía pensar de la cubana? Ionesco se hubiera regocijado con semejante asunto para una obra del absurdo. Los directores de periódicos fueron particularmente virulentos. Muchos años después, uno de ellos, me pidió perdón por aquellas acusaciones. «Fui yo quien te acusó con más fuerza. Mi única justificación es que, honestamente, creía que todo cuanto afirmaba era cierto: que tú eras un contrarrevolucionario convicto y confeso. Los años, y tu propia vida me han enseñado que cometí un grave error. Ya sé que no puedo aspirar a ser tu amigo, pero por lo menos te pido, te ruego que me perdones».

Comenzó entonces un proceso de depuración de militantes, primero en la Escuela de Periodismo y más tarde en toda la Universidad. La indagación era simple: ¿Qué opinas de Heras y *Los pasos en la hierba*? Contestar positivamente esa pregunta, decir, por ejemplo, que el libro había sido premiado en un concurso internacional, algunos de sus cuentos habían sido publicados en revistas, su autor era militante de la Juventud, o sea que algunos valores artísticos debía tener, decir sencillamente eso, costaba la militancia. El mensaje era claro: un verdadero canto al oportunismo. Habla mal del libro y de su autor, cualquier cosa, lo primero que se te ocurra, y conservarás el carnet; de lo contrario, militancia abajo. Aquellos días fueron una fábrica de miedo. Una atmósfera enrarecida, donde la desconfianza era el alimento diario, el temor a la delación, al informe de tus propios compañeros, se abatió sobre la Colina. Uno de esos días, acompañado por Jesús Díaz, fui a la universidad. Debía recoger unos documentos en la secretaría de la Escuela. Cuando hice mi aparición en la Plaza Cadenas, y algunos de mis compañeros y alumnos de otros años de la carrera, me vieron, quedaron demudados, pálidos, como si estuvieran en presencia de un fantasma; algunos, los más valientes, me saludaron desde

lejos, moviendo una mano casi clandestinamente; una muchacha, Loly Estévez, vino a darme un beso en la mejilla. Salí tan deprimido de aquel lugar que Jesús me echó el brazo sobre el hombro. «Es natural», me dijo, «así son los seres humanos. Ya pasará». Cuando nos despedimos me dijo algo que resultó un pronóstico exacto, casi una profecía: «Esto va a durar cinco años, tal vez algo más, nunca menos».

Sobre todo, mis amigos de la universidad, compañeros en la creación, el arte y las convicciones revolucionarias, recibieron la carga más agobiante, sufrieron la persecución más intensa. Uno de ellos, amigo entrañable, escritor de talento excepcional, Senel Paz, sufrió posiblemente más que nadie: atacado (alguien de su aula había dicho: «Imagínate, si es un intelectual»), aislado por sus propios compañeros de curso, y separado de la Juventud, terminó, casi de milagro, la carrera de Periodismo. La persecución continuó: fue enviado a Camagüey al periódico *Adelante* (me imagino con qué recomendaciones) como para subrayar su ubicación como castigo. Creo que en esos años, terminó con notas de sobresaliente la Licenciatura en lealtad a los principios y a la amistad. Muchos años después, al presentar un libro mío en México, Senel escribió:

Cuando yo conocí a Eduardo, lo conocí simultáneamente en persona y en las páginas de *La guerra tuvo seis nombres*, que reunía los únicos seis cuentos que había escrito hasta entonces. A través de ese librito (...) se produjo mi descubrimiento, entrada e incorporación a eso que han bautizado como Nueva Cuentística Cubana (...) Era la primera vez que yo veía a un autor vivo y en persona y hablando, sobre todo hablando y sobre todo de literatura y sobre todo de técnica narrativa. (...) Aunque tuviera mucha conciencia de singularidad, distinguí en aquellas páginas los aires de la familia a la que quería pertenecer. Yo era el primer alumno de la Academia China, y sentía tal respeto y admiración por el maestro, que no le podía decir chino. Yo le llamaba Heras, y con ello reconocía el carácter de profesor que tenía (...) y su camaradería fácil.

Los pasos en la hierba trajeron para Heras y sus amigos la alegría de un premio y la certeza de una obra madura. Este es, de los suyos, mi libro preferido, el que más alegría y sufrimientos nos trajo y que en nuestra relación personal marcó la firmeza de nuestra amistad, la marcó con el sello de la lealtad, una amistad que en

aquella época sobrevivió cobijada por este libro, como una sombra, porque creer en el libro y en la pureza del acto creativo del que había nacido, nos mantuvo firmes en la amistad y en los principios. Era la época en que cuando en casa del Chino sonaba el teléfono, su madre sabía que era yo, porque creo que nadie más lo llamaba. Son momentos que yo recuerdo con alegría y orgullo y no soporto la evocación llorosa de los mismos, porque fueron experiencias que nos fortalecieron y que para mí, quizás también porque había crecido, convirtieron a Heras en Eduardo.»

Ya no podíamos vernos en la Universidad. Esporádicamente, Senel y yo nos encontrábamos para conversar en un parque de la calle Ayestarán. Eran entrevistas muy breves: intercambiar saludos, contarnos las novedades, siempre agobiantes, una nueva acusación, un nuevo acto de aislamiento, la nueva traición de algún amigo. Y luego, curiosamente conversábamos unos minutos en silencio, que en aquellas circunstancias descubrimos era tal vez la mejor forma de conversar. Nos daba ánimos. Cuando nos separábamos, nos sentíamos más reconfortados, quizás porque comprendíamos que nuestra amistad sobreviviría a los infortunios. Era más fuerte que el dolor, y las miserias humanas. La vida lo confirmó.

He pensado después que estos encuentros en la desgracia, también tuvieron un contenido simbólico: una tercera generación (junto a la de Antón y la mía) se incorporaba al injusto castigo que una engegueda política cultural había inventado para los que no comulgaban con su credo estético.

6

Por aquellos días se había celebrado el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura y los ecos de las discusiones, acusaciones y ajustes de cuentas en la esfera de la cultura llegaban como en sordina a nosotros. Por supuesto que allí se habló de mí, del grupo de compañeros de *Alma Máter*, del primer *Caimán*. Tengo en mi poder un informe de Armando Quesada a la Universidad «sobre las posiciones del grupo cuestionado en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura», del cual voy a citar algunos fragmentos, tratando de no mencionar nombres de personas que aportaron pruebas de nuestras actividades de diversionismo ideológico y que aparecen en el texto. No quiero que nadie se imagine que estoy utilizando la oportunidad de esta conferencia para hacer ajustes de cuentas o

ejecutar venganzas personales que reproducirían precisamente todo el proceso que estamos condenando en este ciclo de conferencias.

Éstos son los fragmentos:

—Se hizo el análisis crítico del libro de Heras león, *Los pasos en la hierba*, por *El Caimán Barbudo*, donde se cuestiona ideológicamente el libro y Heras es separado del Consejo de Redacción del *Caimán*.

—Exposición a manera de esbozo ante el Congreso (...) de la situación en nuestro país, de la literatura, concursos, premios y ediciones (...) y en el capítulo final de la intervención cuestionamos a: Víctor Casás, Luis Rogelio Noguera, Guillermo Rodríguez Rivera, Rogerio Moya y Renato Recio, caracterizándolo como un grupo de jóvenes pseudo-intelectuales, que al amparo del liberalismo y el criticismo han caído en posiciones de franco diversionismo ideológico.

Más adelante:

—Se cuestiona al grupo por considerar que a lo largo de más de 6 años, que va desde *El Caimán 1* a la fecha, la participación en lo señalado tiene sus matices de (...) responsabilidad, pero que engrosan una comunidad de criterios sustentados por el grupo en el terreno intelectual e ideológico. El grupo ha desarrollado actividad diversionista, desarrollando el criticismo, tendencia de piña, de autobombos mutuos y han llevado el criticismo al terreno de las obras artísticas, al cuestionar la política de prensa de la dirección de la Revolución, a los Organismos (indistintamente) y a los funcionarios políticos, tildándolos de comisarios de la cultura, manteniéndose ahogado el «libre» ejercicio de la crítica.

Se refiere a Norberto Fuentes, y señala:

El grupo mencionado lo ha defendido, reconocido y lo ha tratado de imponer como un joven escritor, crítico, rebelde y premiado que habla «desde la Revolución». Heras y Casaus en conversaciones con Arufe y Quesada sostienen que había que reconocer y ayudar a Fuentes. De todos es conocido cómo Heras introdujo en la Escuela de Periodismo a Fuentes». (Esto alude a que en mis clases de técnica periodística, yo había estudiado y analizado un

reportaje de Fuentes, sobre los Guardafronteras, aparecido en la *Revista Cuba*, no porque fuera de Fuentes, por supuesto, sino porque era magnífico.) «Esta opinión y actividad de Heras no es aislada, se manifiesta en el apoyo de Casaus al Premio de Moya y Recio» (se refiere a la Mención en el género testimonio que había obtenido el libro *En el año más largo de la historia*, dedicado a la zafra de los diez millones, de los referidos autores, en el Concurso Casa 1971, en el cual Víctor Casaus había sido jurado de testimonio, y favorecido con su voto), « y de sus constantes ataques a la prensa y a la Revolución, creyéndose con la autosuficiencia que los caracteriza, de ser los jueces y profetas, de lo que debe ser la prensa, la literatura y la cultura en general.

Debo aclarar que por aquellos días, luego de una conversación que había sostenido la cra. Gisela Arandía, alumna de 4to. año de Periodismo, con Fidel en una de sus visitas a la Universidad, había surgido la idea de organizar un coloquio sobre la prensa en Cuba, sus problemas, dificultades y desafíos. Trabajamos durante muchos días en la elaboración de una ponencia que, finalmente redactamos Rogerio Moya, Renato Recio y el que les habla. La ponencia se titulaba «Notas sobre la prensa en Cuba» y el ponente sería yo. Tengo en mi poder una copia de esa ponencia, de la cual no voy a hablar aquí, que leída en la actualidad me parece que conserva gran parte de su valor, pues muchas de las observaciones que allí hacíamos, a mi juicio con profundidad y espíritu revolucionario, mantienen toda su vigencia. Ejercíamos el criterio a la manera de Martí, y teníamos una enorme confianza en que los resultados del coloquio, con la presencia de Fidel, podían ser trascendentales para el futuro de la prensa en nuestro país. Sólo añadiré que una intelectual de la más estricta ortodoxia marxista como Mirta Aguirre, que siguió muy de cerca todo el proceso de redacción de la ponencia, nos felicitó por ella, y un dirigente admirado y querido por todos nosotros, el entonces rector José Miyar Barruecos, después de leerla nos dijo: «Estoy seguro de que a Fidel le gustará mucho».

Finalmente, el informe de Quesada vuelve sobre *Los pasos en la hierba*, «tendencioso y reaccionario», *El libro rojo* de Guillermo Rodríguez Rivera, que había ganado mención en poesía en el Premio Casa 1970 y que contenía el poema «El poeta y el ministro», calificado como «reaccionario», y *En el año más largo de la historia*, de Rogerio Moya y Renato Recio, donde arremete nuevamente contra Víctor Casaus por haber votado a favor del libro, «lo cual agrava la situación de Casaus».

No voy a seguir citando partes del informe, porque lo que quiero es fundamentar el hecho de cómo las discrepancias estéticas se convirtieron, por obra y gracia del criterio estrecho y dogmático de varios funcionarios que ocupaban cargos destacados en la escala del poder cultural, en discrepancias políticas, con graves consecuencias personales para los acusados, sin derecho a su defensa. En otras palabras: el acusador no tenía que probar mi culpa, sino que antes de que probara nada, yo debía demostrar mi inocencia. Era la más pura expresión de lo kafkiano.

7

Sorpresivamente fui citado por el Presidente de la FEU, a la vez, Primer Secretario de la UJC en la Universidad. Fue un diálogo de sordos. Me dijo que había escrito un libro contrarrevolucionario; le dije que me lo probara. Admitió que no lo había leído y yo le reproché su falta de seriedad: le dije que era, además, una falta de respeto que me dijera eso. Y el argumentó que aunque lo hubiera leído, nunca habría podido discutirlo conmigo, pues yo sabía más de literatura que él. Se puso de pie y me pidió mi carnet de la UJC, y yo se lo entregué. «Te vamos a separar de la Universidad, ya te diremos a dónde te irás a trabajar», dijo en tono autoritario. Así, sencillamente, disponiendo de la vida de un ser humano que sólo por revolucionario, y porque todavía, a pesar de todo, seguía creyendo en la justicia de la Revolución, aceptó aquellas palabras.

Fui separado de la Universidad, de la Unión de Jóvenes Comunistas, de mi trabajo como profesor. El mismo dirigente me dijo que me enviarían a la Columna Juvenil del Centenario, y yo le dije que no, que me mandaran a la Península de Guanahacabibes a sembrar pinos, o a Campechuela, o a Maisí, al rincón más apartado de la Isla, pero que no iría a ese lugar, donde me parecía que jamás iban a ser imparciales. Entonces me dijo que unos días después, me informarían mi nuevo destino. Así fue. Me hablaron de una fábrica. Se llamaba Vanguardia Socialista. Era una fundición y forja de acero, localizada en Guanabacoa. Allí trabajaría como Capacitador. Me dijeron que me ocuparía de los cursos para los obreros del Centro.

Al otro día, visité la fábrica. Fui atendido por su administrador, Máximo Andión, el futuro creador del Plan Alamar, y me habló con absoluta claridad y honestidad: así sería siempre con los obreros de esa fábrica y con sus dirigentes. «No sé lo que has hecho, ni entiendo muy bien por qué te mandan acá. Lo cierto es que estás aquí, y aquí se trabaja muy duro.

¿Qué te dijeron?» «Que trabajaría en Capacitación» «Aquí nos dijeron otra cosa: pónganlo a trabajar directamente en el taller, con el hierro caliente». Esas son las instrucciones que tengo». Le agradecí su sinceridad. Y me llevó a conocer el taller de forja, mi futuro lugar de trabajo. No voy a contarles los pormenores. Al entrar en aquel taller me parecía que penetraba en la boca de un lobo gigantesco que me iba a tragar sin misericordia: los ruidos atronadores, el intensísimo calor de los hornos, el polvo de las máquinas, el sudor que corría por los cuerpos de los obreros, todo se me juntó de golpe en una súbita imagen que se apoderó de mis sentidos con una despiadada sensación de desamparo. Unos años antes yo había tenido una lesión en el pulmón izquierdo, una tuberculosis pulmonar que, precisamente estando en la Escuela de Periodismo, se me había reactivado y tuve que tratarme otra vez. Y ahora aquel taller me pareció una siniestra perspectiva de vida. Pensé: no podré aguantar esto; pensé: no podré ni siquiera comenzar; pensé: aquí me muero.

Cuando regresé a casa de mi madre esa tarde, una sola idea me perseguía: querían acabar de alguna forma con mi vida. No podía pensar en otra cosa: solamente esa idea martillándome los sentidos. Me encerré en un cuarto y sin que supiera exactamente por qué lo hacía, saqué de una gaveta del escaparate, mi pistola Steichkin, regalo de Fidel por un hermoso tiro demostrativo de lanzacohetes que yo había dirigido años atrás. Le puse una bala en la recámara y la coloqué encima de una mesita, sin dejar de mirarla intensamente. No sé en realidad qué piensan los suicidas, en qué instante, con qué impulso, con qué sentimientos toman el arma y disparan. En aquel momento, yo no pensaba en nada, sólo miraba como hipnotizado la pistola y sentía los latidos de mi corazón, como un reloj de péndulo, que me repetía en el cerebro: me mato, no me mato, me mato, no me mato. Cerré los ojos. No sé cuánto tiempo estuve así. Alguien me ha dicho después que lo que me salvó fue la circunstancia de pensar, de mantenerme lúcido razonando durante aquellos espantosos minutos. Pero no recuerdo en qué pensaba. Tal vez en nada. El instinto de conservación no me dejó disparar, dicen. Lo cierto es que en algún momento, de la agitación pasé a la serenidad, del nerviosismo a una extraña paz interior, como si de repente hubiera madurado, como si los años hubieran pasado de golpe y yo observara todo lo que estaba sucediendo como un testigo imparcial, mudo, impassible. Cuando guardé la pistola, me dije: «Bien, si no te mataste, entonces resiste». Eso fue lo que hice.

8

En «Vanguardia Socialista» conocí gente maravillosa. Desde mis primeros días en contacto con el hierro caliente, con los hornos a 1200 grados, con las tenazas de forjador, y los gigantescos martillos neumáticos con que se golpeaba la pieza amarilla-casi blanca del calor, comprendí que para resistir aquellas complejas condiciones de trabajo, tenía que sumergirme en ese mundo, hacerlo mío, integrarme en esa insólita cofradía que reunía santeros de Regla y Guanabacoa, comunistas veteranos de Argelia, jóvenes recién egresados del Servicio Militar, viejos obreros guardianes de la tradición de la forja de metales, delincuentes rescatados por la sociedad, ex presos sancionados y rehabilitados, en una palabra, todo el tejido étnico, social, político, religioso y laboral del país. Algo que ocurrió allí en mi primer mes de estancia, me corroboró ese razonamiento: Descansábamos unos minutos, luego del almuerzo de las 11 de la mañana, sentados muy cerca de la entrada del Taller de Forja, cuando un negro bajito, hablador y pependenciero, me dijo: «Oye, asere, ¿qué volá contigo? ¿Qué tú haces aquí, asere? Le pregunté a qué se refería, y me dijo sonriente: «Tú tienes que ser del Duque, bróder, ¿qué hace un tipo como tú, periodista, escritor y no sé cuántas cosas más, aquí, con los negrones de Regla y Guanabacoa? Tú tienes que ser seguroso, o yo no entiendo ná.» Y claro que no era «del Duque», era un simple escritor castigado por haber escrito un libro contrarrevolucionario.

Por aquellos años yo vivía con mi esposa en San José de las Lajas y debía levantarme a las 4 de la madrugada, para poder llegar a las 7 al trabajo. Nunca llegué tarde. A los pocos meses me encargaron la redacción del boletín de la fábrica, y me pidieron que diera clases de matemáticas en la Facultad Obrero Campesina radicada en el propio Centro. Entonces, trabajaba hasta la 1 de la tarde en el taller y luego hasta las 6, como profesor de Matemáticas en 2do. y 3er. semestres de la Facultad. Por regla general regresaba a mi casa cerca de las 8 de la noche, para repetir el ciclo al otro día.

También me ocupé de la cultura en la fábrica: organicé un coro hablado con los trabajadores que se hizo famoso y en el que muchos querían participar; invité a Silvio Rodríguez a un homenaje que los obreros quisieron darle y él asistió con Sonia Silvestre y Víctor Víctor y dieron juntos un pequeño recital; José Antonio Portuondo inauguró la biblioteca de la fábrica que yo había conseguido, y habló en otros actos; allá fueron Los Dimos,

conjunto vocal, entre otros artistas. Pero sobre todo, la fábrica se convirtió en la mejor en Capacitación del Ministerio de la Industria Básica. Mi labor allí culminó cuando fundamos un Instituto Tecnológico, una filial de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Habana, junto con la Facultad Obrero-Campesina y todo el sistema paralelo de Educación de Adultos, junto con los cursos de superación técnica. Prácticamente, un obrero podía estudiar desde primer grado hasta hacerse ingeniero, sin salir de la fábrica. «M'ijo, tienes un Ministerio de Educación chiquitico aquí», me dijo Clementina Serra durante una visita del Ministerio de Educación al Centro.

El 1º de julio de 1971, dirigí una carta al Primer Secretario del Partido en la Universidad, protestando por la *Aclaración* de *El Caimán Barbudo*, aparecida en el número de mayo, donde se me acusaba de mantener «posiciones comunes y serviles al enemigo». En esa carta yo rechazaba aquellas acusaciones y exigía una rectificación. «Si nada sucede», decía, «si todo queda así y mi reputación queda como la de un contrarrevolucionario, entonces no podré hacer otra cosa que acudir a los tribunales de justicia, acusando de difamadores a todo el Consejo de Redacción de *El Caimán Barbudo*, o presentarme a los organismos de Seguridad del Estado para que me encarcelen de acuerdo con los cargos por los que se me acusa». No hice ni lo uno ni lo otro. Comprendí que, al menos por el momento, todo era inútil, porque esta carta, como tantos otros reclamos que había hecho meses atrás, habían caído en el vacío, o por lo menos en un espacio muerto colmado de silencio.

¿Y la literatura?, podrían preguntarme. Y tengo que decir que siguió ahí, lacerante, terca, intentando salir, ocupar su lugar de siempre, a pesar del dolor y la amargura, de la soledad y la tristeza. En esos días pensé que nunca más volvería a escribir: yo sentía angustia, ésa era la palabra, verdadera angustia que paralizaba mis manos y mi cerebro, que no me dejaba ni siquiera leer un libro. Estuve a punto de perder el hábito de la lectura, y me fui brutalizando lentamente: vestía un jeans viejo, zapatos y camisa de trabajo y me mantenía en permanente estado de tensión. Un amigo que me vio por esos días, casi llorando, me dijo: «Coño, Chino, ¿qué te pasó?, te han cambiado». Así estuve casi un año, desvariando a veces, obsesionado otras, hablando dormido, hasta que mi cuñado médico me sentó un día y me dijo: «Eduardo, click. Apaga la grabadora. Estás mal, unos meses más así, y te tengo que llevar al Psiquiátrico». La frase, dicha con toda la gravedad y el afecto del mundo, me hizo volver a la realidad.

El trabajo en la fábrica me absorbió por completo, y en una ocasión el administrador me dijo que ellos tenían la esperanza de que yo me quedara con ellos. Le dije que yo pensaba que eso era imposible, que ese mundo me había acogido con los brazos abiertos, pero yo sentía que aún tenía muchos libros que escribir, y que por lo menos iba a intentarlo. Ya habían pasado algunos años, alrededor de cuatro en aquel lugar, como auxiliar de producción, forjador C, hornero y operador de máquinas, maestro de matemáticas, Capacitador y Director de Recursos Humanos; había ganado un apartamento de microbrigadas en Alamar, había sido seleccionado obrero ejemplar del Centro en asamblea general de trabajadores e incluso discutido para el Partido; había estudiado casi tres años de Ingeniería Industrial hasta un día en que atendiendo a una clase de Cálculo Integral en la filial universitaria de la fábrica, me quedé pensando de pronto en aquellas dobles integrales, en las series de Taylor, y otros complejos teoremas del cálculo diferencial e integral, y asustado, me pregunté: ¿Vas a estar toda tu vida con estas fórmulas matemáticas? ¿Esa va a ser tu vida? Y sin hacer ruido, cerré las libretas, las guardé en mi maletín y sin que el profesor, de espaldas a nosotros, se diera cuenta, abandoné la Ingeniería Industrial. Hasta hoy.

9

Finalmente, algo se fue reconstruyendo por dentro, y en 1973, en unas vacaciones de la fábrica, como en un rapto comencé nuevamente a escribir. Fue, como imaginarán, un parto doloroso y agónico: así ha sido siempre desde entonces. Y escribí varios cuentos de tema obrero que organicé en un libro que titulé *Acero* y que envié al Concurso 26 de Julio de las FAR. El libro no pudo concursar y tuve que retirarlo después de las explicaciones, sinceras a mi juicio, de los organizadores. Al año siguiente lo envié al Concurso UNEAC, donde no obtuvo nada. Curiosamente en esos días, el Jefe de la Sección de Cultura del Partido conversó conmigo y al enterarse de que estaba concursando con un libro en el Premio UNEAC, casi escandalizado, me preguntó que por qué concursaba. Le dije que si no tenía derecho como cualquier otro ciudadano de este país. Y un poco apenado, me respondió que sí. Me dijo que el Secretario del Partido a cargo de la esfera ideológica, quería conversar conmigo. Estaba también preocupado por el libro que concursaba en el Premio UNEAC, y de repente me dijo: «Mira, nosotros no somos los Papas de la literatura, así que

a lo mejor nos equivocamos con *Los pasos en la hierba*. Aunque pensamos que no, que no nos equivocamos. ¿Tú quieres discutir ese libro?» Le respondí: «Mire, yo he estado siempre en disposición de discutirlo, y cuando pedí hacerlo, no me dejaron. No creo que sea muy útil a estas alturas esa discusión, lo cual no quiere decir que no esté dispuesto a defenderlo en cualquier momento». «Bien», concedió, «¿tú estarías dispuesto a discutirlo con Roberto Díaz?». «No creo que sea la persona adecuada», le dije, «lo cual no quiere decir que no esté dispuesto a discutirlo con él o con cualquiera». «De acuerdo», concluyó, «yo voy a propiciar esa discusión. Ya te avisaremos». No tengo que aclararles que todavía estoy esperando ese aviso.

Yo sentía que mi período en la fábrica estaba llegando a su fin; lo sentía en la sangre, en el corazón, y los dirigentes de la fábrica también se dieron cuenta. El administrador me dijo que sabía que me quedaba poco allí. Yo sentía la necesidad de retomar mis estudios, quería terminar mi carrera de Periodismo, trunca en el último año, y solicité al Partido autorización para terminar las asignaturas que me faltaban, pero en su lugar, me propusieron que hiciera Letras. (Al parecer era muy pronto para que el desviado ideológico pudiera terminar una carrera tan precisamente ideológica como Periodismo.) Matriculé entonces en 1975 la Licenciatura en Literatura Cubana que por afinidad con el Periodismo, me permitió matricular en 3er año, y culminarla en 1977, en que pude, finalmente terminar también Periodismo. Pero poco antes del fin de mi labor en la fábrica, el mismo autor de la lamentable crítica de *El Caimán Barbudo*, ahora convertido en Jefe de la Sección de Cine del Partido, se apareció allí para expresar una vez más sus criterios negativos sobre mi persona. En la fábrica le dijeron que era evidente que él militaba en otro Partido, pues el criterio de la fábrica y de sus organizaciones políticas era diametralmente opuesto, y que tenían la mejor opinión de mí. Eran, a no dudarlo, los últimos pataleos del Quinquenio Gris, aunque todavía no lo supiéramos.

En los primeros días de mayo de 1976, solicité una entrevista con José Felipe Carneado, Jefe del Departamento de Cultura, Ciencia y Centros Docentes del Comité Central del Partido. Yo había sido compañero de su hija Vicky en la Escuela Normal de La Habana, y él me conocía perfectamente. Afable y cortés me recibió y le dije: «Felipe, hoy cumplo cinco años en 'Vanguardia Socialista'. ¿Usted no cree que ya es tiempo suficiente?» Me respondió: «No suficiente, es demasiado, Heras. ¿Para dónde quieres ir?» «Para un lugar afín a mi especialidad». Me aseguró que eso se resol-

vería muy pronto. Y unos días después, abandoné la fábrica para comenzar como editor en la Editorial Arte y Literatura del Instituto Cubano del Libro.

De «Vanguardia Socialista» me llevé también hermosos recuerdos. En ese lugar curé, al menos superficialmente, las profundas heridas de esos años. Constaté en la práctica, la vieja verdad que tanto había leído en Marx y Lenin: en la clase obrera están los seres humanos más nobles y más puros. Allí hice grandes amistades que duran hasta hoy; aprendí que todavía en el mundo existían valores humanos como la honestidad, el coraje moral, la sinceridad, que me parecían perdidos para siempre. Todavía muchos viejos obreros me recuerdan y a cada rato, cuando paso por Vía Blanca y Muralla, en Guanabacoa, siempre tengo tiempo, unos segundos siquiera, para detenerme, recorrer en la memoria los grandes talleres, el calor y los ruidos, y agradecer en silencio aquellos años que me sirvieron para mantener viva la esperanza en la Revolución y en los hombres.

10

Ya sabemos el resto. Terminó el Quinquenio Gris, aunque no sus secuelas. Para algunos, fue casi un decenio gris o negro, y sus consecuencias quedarán para toda la vida, como para muchos de nosotros. Después de 35 años, ¿qué decir? Quienes pensaron que un libro no sobrevive a la censura y que bastaba una resolución burocrática para desaparecerlo no sólo de la mente y el corazón de los lectores, sino de la propia historia de la narrativa cubana, como intentaron hacer con aquel libro golpeado, humillado, vilipendiado, calificado de contrarrevolucionario por los burócratas de la cultura de aquel entonces, jamás pudieron imaginar que 35 años después, aquel mismo libro, como tantos otros libros de otros tantos autores censurados y perseguidos, siguiera vivo, se mantuviera durante todo este tiempo alimentado sólo por el soplo vital de quienes confiaron en su autor y en la justicia de la Revolución; pudiera todavía despertar las emociones que despierta y quede (y quedará) como un recordatorio para los que pretendieron ahogar bajo papeles y directivas, la pujante vida de sus personajes, los complejos conflictos humanos de esos seres sudorosos y solidarios, que sufren y temen, caen y se levantan, pero combaten y vencen.

Alguien me preguntó hace más de treinta años, cuando transitaba el período por un lado angustioso, pero a la vez esperanzador, de la fábrica, por qué no me iba del país. Le respondí: «Cuando todo el mundo decida

irse, nos quedamos Fidel y yo». Ahora, cuando de repente, buscamos dónde están nuestros perseguidores, que resultaron, a la larga, los perseguidores de la cultura, nos percatamos de que muchos de esos discípulos aventajados de Torquemada, ya no están aquí, sino que fueron a buscar refugio en los acogedores brazos del enemigo, y los que quedan (y que sorpresivamente aparecen en algún programa televisivo), malgastan tiempo y energía en recordar sus viejos, rencorosos y frustrados sueños de poder. Quiero repetir aquí algo que unos meses atrás escribí en *El Caimán Barbudo*, en su edición del 40 aniversario:

Tengo la absoluta convicción de que la única, verdadera lección que los complejos avatares y angustiados caminos transitados por muchos de nosotros, en aquel proceso de absurda valoración «ideológica» nos dejaron (o deberían dejarnos), es que jamás, en el largo recorrido que aún debe superar esta Revolución pueda ocurrir nuevamente que un revolucionario deba pasar —como castigo— cinco años o más de su vida en una fábrica u otro lugar, como yo y otros compañeros, para probar que es revolucionario. Y creo que esa lección la debemos aprender todos, dirigentes y creadores.

Y vuelvo a preguntarme: después de 35 años, ¿qué decir? En lo literario, somos una generación frustrada. ¿Cómo podría ser de otra forma? Nuestros primeros textos auguraban una obra considerable en extensión y calidad, y hoy muchos de nosotros apenas hemos podido publicar un puñado de libros que pueden contarse con los dedos de una mano. Seguiremos escribiendo, quién lo duda. Tal vez logremos algo perdurable, pero nunca será igual. El tiempo ya nos ha pasado la cuenta. Y no hay retroceso. Confieso que lo digo sin amargura, ya eso pasó, aunque las huellas quedaron. Sólo dejo constancia de una realidad irreversible. La historia juzgará.

Pero también nos juzgará por lo que no dejamos de ser. Nosotros fuimos y somos auténticamente revolucionarios. Nosotros somos, como bien ha dicho Aurelio Alonso, la generación de la lealtad, de la lealtad a los principios, a los ideales (esa palabra que hoy causa tanto escozor a muchos oídos y sonrisas de conmiseración a muchos labios) y que yo repito aquí con orgullo, porque para nosotros, afortunadamente, a pesar del Quinquenio Gris, de los perseguidores de la cultura, de los años terribles que dejaron esas huellas imperecederas en nosotros, las utopías siguen vivas y

la historia no terminó, sino que está a punto de comenzar. Esto que escribo es el testimonio de esa lealtad.

La Habana, 13 de mayo de 2007